

## **La edad dorada: los barones ladrones que no lo fueron**

### *Free to Choose Network*

Barones ladrones. El término alude a la imagen de magnates mascando puros, explotando a trabajadores, aplastando a competidores y acumulando una riqueza obscena mediante tácticas despiadadas. Es una narrativa que todos hemos escuchado, probablemente en clase de historia de la secundaria. Estos hombres, nos dicen, construyeron sus fortunas robando a la gente común; de ahí el nombre.

Pero ¿qué pasaría si toda esta historia estuviera al revés?

¿Qué pasaría si la verdadera historia de la edad dorada no tratara sobre explotación y robo, sino sobre el capitalismo creando el mayor periodo de aumento en los niveles de vida en la historia de la humanidad? ¿Qué pasaría si estos barones ladrones, en realidad, mejoraron dramáticamente la vida de la gente común —tanto, de hecho— que por primera vez en la historia los trabajadores tuvieron el lujo de exigir aún más?

Comencemos con el barón ladrón más infame de todos: John D. Rockefeller. Según la narrativa tradicional, Rockefeller fue un villano monopolista que aplastó a competidores y estafó a consumidores. Pero esto es lo que realmente sucedió.

Cuando Rockefeller entró al negocio petrolero, en los años 1860-1869, el queroseno para iluminación costaba alrededor de treinta centavos por galón: un gasto sustancial para las familias trabajadoras que apenas subsistían. Imagina tener que elegir entre iluminar tu hogar al anochecer o alimentar a tus hijos. Para cuando la Standard Oil dominó el mercado, ese precio había caído a alrededor de seis centavos por galón. Rockefeller no logró esto robando a nadie. Lo hizo mediante innovación incesante en los procesos de refinación, la logística de transporte y las redes de distribución.

Piensa en lo que esto significó para la familia de un obrero de fábrica. Antes del queroseno asequible, la mayoría de la gente vivía en la oscuridad después del atardecer, a menos que pudiera pagar el costoso aceite de ballena para lámparas o velas de sebo. Las innovaciones de Rockefeller llevaron luz a millones de hogares que antes no podían permitírsela. Los niños podían leer después de cenar; los padres podían hacer tareas domésticas por la noche; las familias podían reunirse en

habitaciones iluminadas. Él extendió las horas productivas, habilitó la educación vespertina y mejoró, de manera fundamental, la calidad de vida de los trabajadores.

El mismo patrón se repite con Andrew Carnegie y el acero. En los años 1870-1879, el acero era caro y escaso, utilizado principalmente para aplicaciones especializadas con las que la gente común nunca se relacionaba. Carnegie revolucionó la producción de acero mediante el proceso Bessemer y otras innovaciones, reduciendo dramáticamente los costos y expandiendo la oferta. ¿El resultado? El acero se volvió lo suficientemente asequible para construir rascacielos, que crearon empleos en la construcción; puentes, que conectaron comunidades; y ferrocarriles, que abrieron oportunidades económicas a través del continente.

O considera a Cornelius Vanderbilt y el transporte. Vanderbilt redujo las tarifas de barcos de vapor entre Nueva York y California de \$600 a \$150 y luego a \$30. Hizo lo mismo con las tarifas de ferrocarril en todo el país. Piensa en lo que esto significó para las familias. El hijo de un granjero ahora podía permitirse buscar oportunidades en el Oeste; un comerciante podía expandir su negocio a nuevos mercados; familias separadas por la distancia podían reunirse. Vanderbilt hizo que la movilidad —y, con ella, la oportunidad— fuera accesible para los estadounidenses comunes.

Estos hombres lograron su dominio del mercado no mediante privilegios otorgados por el gobierno ni por cooptar las agencias reguladoras, sino a través de monopolios naturales que surgieron simplemente por ser mejores que todos los demás. En el capitalismo relativamente no regulado de la época, no había nada que impidiera a los competidores entrar a estos mercados o mantener sus posiciones dentro de ellos. Lo intentaron. Fracasaron. No porque Rockefeller, Carnegie o Vanderbilt estuvieran explotando algo, sino porque habían descubierto cómo entregar un mejor valor a los clientes.

Y aquí está la ironía: para cuando los cazadores de monopolios llegaron a escena —defendidos por políticos que respondían a la presión de competidores fallidos, quienes habían disfrutado de protagonismo antes de que llegaran estos innovadores—, estos monopolios naturales ya estaban comenzando a erosionarse. Nuevas tecnologías, nuevos métodos y competidores surgían de manera natural a través de las fuerzas del mercado. La intervención gubernamental, que se enseña como heroica caza de monopolios, en realidad estaba protegiendo a competidores ineficientes de tener que innovar.

Pero ¿qué hay de todos esos reportajes de la época? ¿Qué hay del periodismo que destacaba terribles condiciones laborales, trabajo infantil y vastas disparidades de

riqueza? ¿No eran estas pruebas de que el capitalismo estaba fallando a los trabajadores?

Aquí es donde necesitamos entender algo contraintuitivo sobre el progreso: tu mayor problema siempre es tu mayor problema, incluso cuando tus problemas, en general, se están haciendo más pequeños.

Durante la mayor parte de la historia humana, la clase trabajadora enfrentó una pobreza aplastante que apenas podemos imaginar hoy. El hambre era una amenaza real y presente. Las necesidades básicas eran lujos. El concepto de condiciones laborales como una preocupación no tenía sentido cuando la alternativa era ver a tus hijos morir de hambre.

La industrialización de la edad dorada y el capitalismo que la impulsó cambiaron esa realidad fundamental. Por primera vez en la historia, la gente trabajadora común tuvo acceso consistente a comida, refugio y bienes básicos. Y, una vez que esas preocupaciones desesperadas fueron abordadas —una vez que el capitalismo permitió a los seres humanos resolver la crisis inmediata de supervivencia—, la gente finalmente tuvo el espacio para notar y preocuparse por las condiciones laborales, los salarios y las disparidades de riqueza.

El hecho de que los periódicos comenzaran a cubrir extensamente estos temas durante la edad dorada no significa que las condiciones estuvieran empeorando. Significa que estaban mejorando: lo suficiente como para que los trabajadores finalmente tuvieran el tiempo, la energía, la alfabetización y la posición social para exigir mejoras más allá de la mera supervivencia. Lo suficientemente como para que pudieran mirar alrededor y preguntar: «¿No deberían las cosas ser aún mejores que esto?».

Ese cambio representa una de las transformaciones más profundas en la historia humana. Cuando tus ancestros estaban preocupados por su próxima comida, no tenían el lujo de abogar por jornadas laborales más cortas o mejores condiciones de seguridad. El hecho de que los trabajadores de la edad dorada pudieran hacer estas demandas —y que fueran tomadas en serio— demuestra cuán drásticamente el capitalismo había mejorado sus condiciones.

Piénsalo: no organizas movimientos laborales cuando estás desesperado por cualquier trabajo; lo haces cuando has alcanzado suficiente seguridad como para imaginar algo mejor. La existencia misma de estos movimientos testifica el progreso que ya había ocurrido.

Esto no significa que las condiciones laborales fueran ideales o que la desigualdad en riqueza no fuera real. Pero sí significa que necesitamos entenderlas en su

contexto. Los barones ladrones no estaban empeorando las cosas respecto de cómo habían sido antes. Las estaban mejorando tanto que la gente finalmente podía darse el lujo de notar que todavía no eran perfectas.

Nada de esto implica que estos industriales fueran santos. Eran seres humanos con defectos, y algunos ciertamente cruzaron líneas éticas. Pero la historia general de la edad dorada es una de capitalismo impulsando mejoras drásticas en los niveles de vida mediante innovación empresarial y la competencia de mercado, no de explotación y robo.

Cuando los llamamos barones ladrones, no solo estamos malinterpretando la historia. Estamos oscureciendo el mecanismo real que sacó a millones de personas de la pobreza extrema: el intercambio voluntario en mercados competitivos. Estos hombres se volvieron ricos creando valor que la gente pagaba con entusiasmo porque, genuinamente, mejoraba sus vidas.

La verdadera lección de la edad dorada es cuánto progreso se hace posible cuando los emprendedores son libres de innovar y competir. Es una lección que vale la pena recordar mientras evaluamos tanto las prácticas empresariales históricas como las contemporáneas, especialmente cuando políticos y activistas modernos emplean la misma narrativa de explotación contra los emprendedores exitosos de hoy.

Porque, si proporcionar mejores productos a precios más bajos, crear oportunidades de empleo y mejorar los niveles de vida de millones de personas te convierte en un barón ladrón, entonces tal vez necesitamos más «robo» en nuestra economía y menos intervención gubernamental en nombre de protegernos de ese supuesto «robo».